

Odisea

Mario Perrotta

Actor, dramaturgo y director. Italia
mario@marioperrotta.it

Texto recibido el 23/06/2015, aceptado el 23/06/2015 y publicado el 30/01/2016



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

RESUMEN: desde su estreno el 16 de noviembre de 2007, el espectáculo *Odisea* de Mario Perrotta (Lecce, 1970) no ha dejado de cosechar numerosos elogios de público y crítica. Protagonista de dos de los más afortunados espectáculos de la última década (*Italiani, Cincali!* y *La turnata*, en torno a la dolorosa emigración a Bélgica y Holanda de trabajadores italianos durante la primera posguerra), Mario Perrotta protagoniza con esta obra un giro en su producción, apartándose momentáneamente de la vena más civil y comprometida de su trabajo en favor de una dramaturgia más introspectiva centrada en trascender la narración para volcar, en un verdadero monólogo, las inquietudes de un Telémaco moderno a la espera del padre apenas conocido. Reflexión sobre la paternidad y, en cierto modo, la pacata sociedad de nuestros días, la lectura propuesta de la *Odisea* supone una inteligente actualización del mito homérico y de las posibilidades que los textos clásicos siguen ofreciendo para iluminar aspectos de nuestra condición humana.

Palabras clave: *Odisea*, mito, relectura, teatro de narración, Mario Perrotta

]

PRÓLOGO

(Música popular, feria del pueblo. Telémaco, entra en la sala. A los músicos)

¡Maestros, buenas tardes! *(Al público, de modo descarado)* ¿Tú cuando miras el mar en qué piensas? ¿En qué piensas? Mejor dicho, perdona, ¡qué tonto soy haciendo una pregunta equivocada! La correcta es: ¿el mar, lo has mirado alguna vez? ¡No “visto”, sino “mirado”! ¿Sí? Eh! Y cuando lo miraste, ¿qué pensaste? ¿No lo sabes? ¿No te acuerdas? ¡Piensa! Y tú, ¿en qué pensaste? *(Aceptando ad libitum eventuales respuestas. Después sube al escenario)*. Yo se lo pregunté a Antonio, Antonio el de los mejillones, y el Antonio dijo lo siguiente: "Yo soy como tú, siempre espero algo que viene del mar". Algo que viene del mar...

(Se acuerda de algo y lo cita hasta donde sabe)

Habla pues conmigo, Música, ¡canta!
de ese cristiano lleno de maldad
que años y años viajó por la mar
después de que Troya fue arrasada...

Me la sabía de memoria.
Casi toda me la sabía...

I. ANTONIO EL DE LOS MEJILLONES

Antonio el de los mejillones es un hombre callado, con ese silencio que puede parecer incluso mafia, esa mafia sin pistola, sin asesinatos, sin chantaje, esa mafia que llevamos dentro, hecha de silencio, que a veces pesa más que las palabras. El Antonio vive desde siempre en el mar, en los límites del mar, en una playa abandonada, allí donde solo hay una cabaña llena de mejillones y una tumbona. Sentado en esa tumbona el Antonio abre mejillones para quien pasa, si pasa; si no, se queda allí en silencio, mirando. Dicen que nunca nadie lo ha visto levantado de esa tumbona situada de frente al mar. Dicen que hasta duerme en ella de noche. Pero estas son cosas de pueblo, de los que sin saber qué hacer todo el día en el bar del pueblo, hablan y murmuran de quien se ausenta, aunque sea solo por un día, de la plaza. En cambio yo le he visto levantarse, un día, cuando yo era niño.

(Los músicos interpretan como saben y como pueden el peligro del mar, siguiendo en contrapunto la letra)

El cielo era un cielo de tormenta que venía del mar. En el mar se habían dibujado rayas: verde en la orilla, después azul dentro, luego azul marino, ese azul oscuro que recuerda el abismo del negro y después negro. Yo, entre las cañas de esta parte de la playa, estaba al abrigo del viento y miraba los fuegos artificiales lejanos en el mar. Sabía que en poco tiempo esos fuegos se nos echarían encima, pero total, nadie me echaría de menos, porque mi madre hacía años que no salía de casa y a estas alturas se había acostumbrado a que estuviese siempre vagando entre pueblo y el mar.

Viendo que el negro del cielo, del mar, avanzaba, dentro de mi cabeza, pensaba: "¡Antonio! Levántate y camina. Date prisa Antonio, Levántate y camina" y el Antonio se levanta; dos pasos hacia la orilla y después hace un surco en el suelo con el pie... Luego coge un kilo de mejillones de la cabaña y se vuelve a sentar.

Ahora en el mar ya no queda nada más que el azul acosado por el negro. En el cielo cubierto de negro, el azul ha desaparecido. ¡Levántate Antonio, camina! Pero él se queda sentado muro. Se hincha en lo hondo a lo lejos y avanza... *(Sonido fuerte)* ¡La primera salva! Y eso no es nada, porque la ha engullido, pero ahora prepara la bofetada.

Mientras tanto, los fuegos artificiales y su estruendo rompen el cielo y el agua vertical anticipa a la horizontal; en un momento coge fuerzas del fondo para subir lo más alto que puede, acaricia las nubes negras y después abre la boca soplando la playa. Yo me digo que esta se la come.

Mientras la ola está suspendida, Antonio abre mejillones y la espera. Cuando esta se arroja gruñendo y rebanando la orilla, Antonio tira un mejillón más allá de la raya. El agua se quiebra, se para delante de la línea y permanece inmóvil, mientras, el resto del agua, por los lados, se descarga encima de la playa hasta casi hacerla desaparecer, dejando seco solo el espacio entre Antonio y el surco, Antonio incluido. Cuando el agua se retira violenta, el Antonio, sin ni siquiera mirar atrás, me hace señal para que vaya, para que me una en esa isla creada entre el surco, los mejillones y la hamaca. Mientras tanto, el mar prepara desde el fondo una nueva carga, no lo pienso dos veces y ¡me lanzo!

(Silencio. La interrupción del sonido crea espacio para el surgir de los recuerdos. Las voces del pasado se agolpan en la lengua de Telémaco)

- Antonio, ¿cómo sabías que yo estaba allí?
- "Antonio, levántate y camina"... *(Antonio habla poco porque es un hombre callado)*
- Pero yo no lo he dicho, solo lo he pensado.
- Será que lo has pensado con ganas.

— Eso será... Antonio, ¿cómo es que el mar se para en el aire?

— Viene a comer.

— ¿¡¿A comer el mar?!?

— Sí... (*Silencio*) ¿No ves que abre la boca? Toma ... (*Tira un mejillón. Silencio*) Yo trazo una línea, ¿vale? Así el mar sabe dónde se tiene que parar y donde puede causar daños. De lo contrario, ¡ni un mejillón!

— ¿Cómo que "ni un mejillón"?

— A este, al mar, ¡le gustan los mejillones! Está lleno de ellos... tantos que podría comerlos eternamente. Pero aún con la fuerza que tiene, que hace zozobrar los barcos, descuartiza personas y engulle ciudades enteras por completo, nunca ha sido capaz de abrir un mejillón. Por eso yo se los abro y se los doy para que se los coma. Pero cuando se siente menospreciado porque yo no le doy de comer, entonces monta un follón para demostrar... ¡no sé qué! De todas formas: yo le dejo hacer y él me deja a mí, este es el pacto. Basta con que ninguno de los dos pase la raya...

— ¿Por qué?

— Ese es el límite, ¿no? Cada uno y cada cosa tiene el suyo, y el límite del mar es el mejillón. Si supiera abrirlos, no le importaría nada la raya, en cambio así, ha encontrado su límite. Toma... (*Tira un mejillón*)

— ¿Y el tuyo?

— ¿Qué?

— Tu límite, ¿cuál es?

— Siempre el mejillón; yo sé abrirlos y se los doy para que los coma, entonces él me deja que me quede.

— ¿Y qué ganas con eso?

— Espero algo que viene del mar.

— ¿Qué?

— Cualquier cosa... (*Silencio*) ¿Quieres que te enseñe una canción?

— Sí.

(*Los músicos tocan una marcha fúnebre*)

El mejillón es mítulo

aunque nunca milita

teme a los que militan

pero no a los mítulos.

El mejillón es mítulo

que siempre hace de límite

adora los límites

teme a los que militan.

Cuando ha terminado de cantar el Antonio se levanta otra vez de la hamaca, va hasta la línea divisoria y la borra mientras el mar, que entretanto se ha retirado, le ha dejado en la orilla cinco, seis quilos de mejillones cerrados. El Antonio, como si nada, los coge, los lleva a la cabaña y luego se acomoda de nuevo en la hamaca. Y vuelve a ser el hombre callado para todo el mundo excepto para mí, porque conmigo habla todas las veces que llueve o hace viento; de no ser así, se queda callado conmigo también.

(*Como si le apremiara algo necesario en su narración, se da cuenta que el tiempo ha vuelto al presente*)

Incluso la lluvia escampó... También el cielo volvió a ser azul. Es hora de contárselo a mi madre.

(Cita hasta donde sabe)

Penélope, en la cama te adormeces,
lloras y piensas, todo te entristece,
fijo tu rostro en el del esposo
piensas y lloras, no encuentras reposo.

Me la sabía de memoria.
Casi toda me la sabía...

II. LA MADRE

(Los músicos tocan como en la procesión de un santo. Telémaco desplaza el espacio con el cuerpo, crea situaciones rellenas vacíos. Dice que está en casa detrás de las persianas cerradas de una ventana). ¡Todo el pueblo pasa por debajo de estos postigos atrancados! Aquí debajo cada día se monta una procesión. A estas alturas todos lo saben. ¡Sí! ¡Vienen de excursión hasta de otros pueblos! ¡"Vamos a ver a Doña Esperanza"!

Mi madre es una mujer callada, con un silencio que puede parecer dolor, ese dolor sin llanto, sin tirones de pelo, sin velos negro, ese dolor que llevamos dentro hecho solo de silencio pero que, a veces, pesa más que las palabras. ¡Mi madre es Esperanza!

Se encerró en casa a esperar, vete a saber hace cuántos años. Y desde entonces vive en la penumbra de esas persianas con las que desde dentro puedes mirar, pero que desde fuera son como un muro. La apuesta es ver quién la ve antes... *(Espía por debajo a través de las rendijas de las persianas)* Pasan en parejas disimulando. Hablan de cosas sin pies ni cabeza y mientras tanto echan una ojeada... ¿Hablan? ¡Balbucean!

(Canta, imita, se burla)

Doña Esperanza, aquí encerrada,
como Penélope abandonada
pobre mujer, sola la han dejado,
sola la han dejado y en casa quedó.
Tal vez de noche, tumbada en la cama,
ella a sí misma las piernas se araña.
O tal vez si alguien fue allí a consolarla,
ella las puertas de su casa abrió.
O tal vez si alguien fue allí a consolarla,
ella las puertas de su casa abrió.

Cosas de pueblo que habla y murmura de quien se ausenta, aunque sea solo por un día, de la plaza... imagínate mi madre que lleva años. *(Mira hacia abajo y grita)* ¡Capullos!

— Ssshh, chitón, hijo mío, ¡chitón!

— ¡Mamá! Hacen turnos, siempre hay alguien ahí abajo, no sea que abra una ventana. ¡Abre la ventana mamá!

— ¡Hijo mío, calla! No digas nada a tu madre.

— Mamá, los hombres pasan para ver si todavía eres guapa, en cambio las mujeres hacen conjuros... Mamá, ¡abre la ventana!

- No, hijo mío, no. Déjalos estar...
- ¡Abre la ventana, mamá! ¡Abre la ventanta!! (*Telémaco abre la ventana*)
- (*Pueblo*) ¡Hela aquí! Hela aquí, está bien. Es ella, es ella. Di a todos que ahora sale, vamos ¡¡date prisa!!
- ¡Dilo, dilo! Di a todos que ahora sale, vamos ¡¡date prisa!! Mamá, ¡¡ven aquí!! Ven aquí y ¡¡deja que te vean!!
- Cierra, ¡¡cierra hijo mío!
- ¡¡Ven aquí!! ¡¡Ei!! Espera, que ahora te enseño a Doña Esperanza, ¡espera!
- ¡Cierra, en nombre del Señor!
- (*Pueblo*) Pero ese es el hijo. ¡Estos gritos como cada día! Entonces no está bien. No, no... no está bien... Vamos, venga, vamos... déjalo estar...
- ¡Cornudos! ¿Adónde vais? Quédate aquí... Llamad al fotógrafo, ¡llamadlo! Así viene a casa y te hacemos un foto para una postal! ¿Mamá quieres que te hagan una postal, como la de un santo? ¡¿Eh!? Después voy a la plaza y hago que la paguen. ¡Capullos!
- Cierra, cierra, hijo mío, cierra. Pero ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho, hijo mío...? (*Silencio. Largo. La calle se esfuma y desaparece con el pueblo*)
- Mamá, ¿qué cosas?
- Una tela.
- ¡¿Siempre la misma?! ¿¡Y por la noche la descoses!?
- Así el tiempo no pasa...
- ¡Pasa lo mismo mamá!
- No...
- Mamá, ¿a quién esperamos?

III. ÉL Y LA GUERRA

(*Los músicos, irreverentes, tocan música de espectáculo de variedades. Petrolini, Taranto, De Angelis. Telémaco los sigue, ampliando como puede la obscenidad del retrato.*)

Dice mi madre que esperando estamos
a un hombre fatal, de cuerpo real,
deseado, loado,
perdido, raptado,
huido, anhelado,
¡llamado papá!

Dice que es guapo al mirarlo, muy guapo:
un Dios parece bajando del cielo,
pecho robusto, lleno de pelo,
mas de corazón dulce
como un pastel.

Qué pastel de papá,
un día volverá.

Qué pastel de papá,
¡dónde coño estará!



(Al público)

¡Yo no sé nada! ¡Yo no sé nada!

Mi madre dice que le esperamos, dice. ¿A él? "Él" quien, pregunto. Él y ¡basta! (A una Señora del público) Señora, perdone una pregunta, ¿usted lo ha visto por casualidad a Él? ¿¡No?!? Pues mi madre dice que le esperamos a Él, y veamos... (Al músico anciano) Maestro, ilumínenos: Usted ¿ha visto a Él? (El músico hace una escala

ascendente y luego de golpe baja) ¡Ha dicho que no! Y Usted, el maestro de la guitarra, ¿lo ha visto? (El músico joven toca una escala infinita que parece casi un solo) ¿Ehi? ¿Uei?!? ¡Ue' maestro! "No" tenía que decir, ¡y punto! Sigamos. (A otro del público) ¿Quizás lo ha visto usted? ¿No? Entonces, ¿usted? Nada. Nadie aquí lo ha visto. ¡Eh! Y faltó yo. Pero mi madre dice que esperamos a Él. Bueno, ¡esperemos! Pero, digo yo: en aquella época que estaba Él, ¡yo no existía! Y si existía... ¡lloraba como un bebé! (Movimiento de caderas como una bailarina —al estilo de la "mossa"— y redoble de tambores)

Dice que es guapo, ¡eso dice! Sí, señores, dice que es guapo... y que a todas las mujeres del pueblo se les cae la baba cuando se acuerdan de él. Es más, aún antes de acordarse ya se deshacen, aah... Languidecen, aaaahaa.... Ni siquiera son capaces de decir el nombre: "Te acuerdas de U... aaaahaaa!". Cuando me ven, entonces: "Uh, ¡mira! Ese es el hijo de U... aaaah!". ¡Bam! Y una mujer se desmaya. "Adiós guapo, te estás haciendo como tu pad... aaaahaaa!". ¡Bam! Y cae otra mujer. ¡Mujer, mujer, mujer, mujer! ¡Una murió! ¡Exceso de recuerdo! (A la Señora de antes) Señora no se altere, que si por casualidad vuelve... ¡se lo presento! Se lo regalo, Señora, que a mí, me la trae floja... ¡Se lo cedo, señora! Por ahora dese por satisfecha...

Dicen que cuando la guerra llegó
los hombres marcharon en procesión:
gallardos, seguros y alegres,
desfilando ante los presentes,
gritando ¡"Victoria"! muy fuerte.

Se dice que uno nunca regresó
y que alguien en la orilla al fin lo vio
arando la arena
con rabia, con pena,
metedlo en la trena...
que muy bien no está.

Eia, ala—lá,
tal vez se trate de una enfermedad.
Alto, quietos, parad,
estáis haciendo una gran ruindad.

Se dice de la guerra, se dice... se dice que Él era el único desertor. Todos los demás se aprestaron a las armas, pero Él, en cambio ¡desertó! Se dice que hizo locuras: se puso un gorro con sonajeros en la cabeza – un gorro con sonajeros en la cabeza, ¡Señora! – y se puso a cultivar la playa, dice. Bah. ¡Yo no sé nada! Cuando Él hizo esas locuras, ¡yo todavía no existía! Y si hubiera estado... hubiera hecho locuras igualmente! (*Movimiento de caderas como una bailarina –al estilo de la "mossa"– y redoble de tambores*)

Señora, ¡dicen que en los surcos arados en la arena plantaba mejillones! Qué cretino... ¡El árbol de los mejillones! Dicen que no reconocía ya a nadie: amigos, parientes, ¡a nadie! Sin embargo, cuando delante de su amado me pusieron a mí –¡que era un niño, Señora!–, dicen que entonces paró el arado, me tomó en sus brazos y me reconoció. Fue amor a primera vista. ¡Tanto que se marchó! ¡Eh, sí! Porque tal vez los demás vieron que no se trataba de locura, sino de maldad, de juego lingüístico, y entonces: pasado todo límite, ¡le quitaron los mítulos y lo hicieron militar! Vea cuántas vueltas da la vida, ¡te ves en medio de la guerra por un anagrama! Mah... De todos modos, ¡yo no sé nada! Yo no sé nada... ¡Yo, cuando se vio su engaño, yo no estaba! Y si estaba... ¡sufría! (*Movimiento de caderas como una bailarina –al estilo de la "mossa"– y redoble de tambores*)

Dicen que un día la guerra acabó:
y ¡volvieron todos!... ¡Rotos, maltrechos!
Un poco confusos, torcidos, tuertos,
volvieron los fuertes en destacamentos.
Volvieron los bajos, deformes, deshechos,
pasando desiertos, llegando a puertos.
Entre guirnaldas, dejaron inciertos
a muchos heridos al descubierto.
Llegaron de todas partes
de huertos y puentes reabiertos,
volvieron también, cubiertos, los muertos.
Y con gestos inciertos,
llamaron sastres, se dieron conciertos,
muchas nuevas trajeron
noticias se dieron.
Todos llegaron, a ninguno dejaron
había incluso hasta resucitados.
¡Excepto ese hombre llamado papá!

Digo, Señora, que la guerra está bien, pero ¿luego se vuelve, no? Todos los demás o volvieron o murieron.

Y si mueren... ¡también vuelven! En una caja de muertos quizás, pero vuelven. En una camilla, en una cajita con un brazaletes dentro, un collar, un pedazo de uniforme, un dedo, una pierna, una oreja, un telegrama, dos palabras, ¡una prueba! Todos, aquí en el pueblo, han recibido un trozo de padre, un resto de marido, un idiota de guerra en casa, ¡una medalla a la memoria! De todas formas: ¡yo no sé nada! ¡Yo no sé nada! Yo, cuando Él desapareció, no existía. Y si existía... ¡esperaba! (*Movimiento de caderas como una bailarina –al estilo de la "mossa"– y redoble de tambores*). Pero ahora en cambio, ¿qué puedo hacer, Señora?

Después de todos estos años, ¿puedo todavía esperar? ¿O me tengo que pegar un tiro, Señora? Crecí, Señora; me hice un hombre sin ni siquiera verlo....

Se fue cuando yo era un niño pequeño,
pero ¡ahora soy un hombre completo!
No pienso pagar por sus platos rotos,
no lloro, no añoro,
a ese hombre perfecto
sin ningún defecto:
¿veis claro el concepto?

Ese hombre corrupto
que el pacto de amor y lecho ha roto
perdiendo el contacto,
jugando a cartas, tal vez a la lotería,
tal pacto de afecto.

A ese chantaje no cedo,
estoy ya muy hartito,
cansado, agotado;
me expreso de modo
sencillo y directo
y digo en el acto
no me lo reprocho,
¡¡me importa muy poco
a mí este papá!!

(Música gran final)

¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

¡¡Me importa muy poco ese papá!!

¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

¡¡Me importa muy poco ese papá!!

IV. LA ELECCIÓN

(Después de la euforia llega el silencio. Un nuevo espacio para una vuelta a la infancia: la edad de la cruda violencia entre niño y niño. El primero ataca directo, el segundo responde oportunamente)

- Mi papá es una persona muy importante.
- Mi padre es un héroe.
- Mi papá es tan importante que lo ha recibido el Papa.
- Mi padre habla directamente con los dioses.
- Mi papá, cuando ha ido a ver al Papa, ha estado en Roma.
- Mi padre, en cierto modo, la ha fundado.
- Mi papá ha estado incluso en la guerra.
- Mi padre, él solo, la ha ganado.
- Mi papá gana mucho dinero construyendo ciudades enteras.
- Mi padre las destruye.
- Mi papá es tan rico que ahora se ha comprado una barca.

- Mi padre dirige una flota de barcos.
- Mi papá tiene tanto dinero que cambia siempre de traje y viste clásico.
- ¡Mi padre es un clásico!
- (Silencio)
- ¡Mi papá está!
- (*Finge insolencia para ocultar la aflicción*) ¿Y? Mi padre no está porque es un héroe.
- (*Intuye*) Mi papá... cuando salimos del colegio me viene a recoger.
- (*Resiste*) Mi padre es un héroe.
- Mi papá me compra siempre un helado.
- Mi padre es un héroe...
- Mi papá ve la televisión siempre conmigo.
- ...
- ¡Mi papa si me roban el balón, baja de casa y la lía!
- ...
- ¡Mi papá quiere a mi mamá!
- (*La dice más gorda aún*) ¡Mi padre ha derrotado un gigante!!
- ¡Seeeh! Venga... ¡¿Un gigante?! Pero... ¿qué dices?
- Sí, un gigante horrible y terrible.
- Venga ya...
- ¡Un gigante! Necio, idiota...
- Va, ¡venga! Cuéntamelo, ¡vamos!
- Estúpido, cornudo...
- Cuéntamelo, ¡venga, cuéntamelo!
- Pedazo de tonto, estúpido, mierdoso y enmadrado, ¡te lo cuento!
- Cuenta, venga, cuenta...
- ¡¡Te lo cuento y te callas!!

— (*Se hace la banda sonora él solo*) Na, na, naaaa... Calla ¿eh? Na, na, naaaa... Era un día de mar lento, de esos en los que no sabes dónde termina el mar y donde empieza el cielo. A mi padre y a sus compañeros les parecía que estaban en la nada, tanto que todo alrededor era una explanada de un solo color.

El aire no se movía y a su alrededor, por todas partes, ni siquiera la idea de tierra, ¡excepto aquella isla! Za—zaaaaa! "Coño, ¡la isla! ¡Esquívala, esquívala!", gritaban los compañeros, cuando Él, en cambio, levantando el brazo a izquierda, alteró los ánimos y provocó insultos: "demonios por aquí, demonios por allí, allí hay peligro, porque en aquella isla... Porque esto, porque aquello...". "¿Por qué?", dijo Él. "¿Por qué? ¿Que hay en aquella isla? Nadie sabe qué hay allí. Llévame a la orilla, bajo yo solo!". Había dicho la palabra mágica: ¿por qué? Tantas veces durante la guerra le habían oído preguntar "por qué" y sabían que, o daban con la respuesta correcta, o se hacía como Él quería. Mientras tanto el mar, cuando lo vio llegar a la orilla de la isla, se santiguó (*Señal de la cruz*)...

— ¡Seeeh! ¿¿El mar se santiguó!? Pero ¿qué dices?

— Calla, estrecho de mollera, ¡calla! ¡El mar se santiguó! ¡Sí señor! No es que al mar le importara nada. Simplemente llevaba la cuenta de los que bajaban a la isla. De hecho, bajaron con Él otros dos compañeros y el mar se santiguó otras dos veces. ¡Calla! Pam, pam, pam, pam... Primero pasan por la playa... Pam, pam, pam... Después un bosque tan espeso que parecía de noche. Pam, pam, pam... Ya estaban pensando que ningún ser viviente había cagado nunca en aquel sitio cuando, en ese preciso instante, ¡apareció ante ellos un portón

enorme encastrado en la roca! Paum, paum, paum... Y sobre ese portón inmenso había un escrito: ¡“Cíclope Órganos”!

— ¿“Órganos” es el apellido?

— Calla, ¡desgraciado de Dios! Espera... que ahora te lo explico. (*Retoma el relato*)...

Cíclope Órganos. ¡iiiiiiiiiiiiiih! Abren con esfuerzo el portón. Y aquel antro infinito estaba repleto de jaulas enormes, abiertas, y brillantes mesas de acero que sobrepasaban sus cabezas y filas interminables de tubos luminiscentes de gélida luz. Y en las paredes, hojas de cuchillo purísimas y tenedores largos como brazos. De repente... "¡¡vamos—aaaah!!", un grito lejano, ¡fuera de la gruta! "¿Quién es? – dijeron los compañeros – Por Dios, Uli', bajemos, ¡escúchanos, bajemos!". "¿Por qué?", decía mi padre. "¡Àmuni—aaaah!!". El grito se acercaba... "¡Vayámonos Uli'!". "¿Por qué?", continuaba mi padre. "¡Por qué cojones! Pero, ¿no oyes?". Pero ni siquiera tuvieron tiempo de volverse para salir de aquel antro, pues fueron engullidos por una manada de ovejas y carneros enormes. Eran horribles de ver, porque, en medio del cuerpo o sobre la frente o en la pata, llevaban plantados unos una mano, otro un riñón, otros un ojo, una pierna, un orificio del culo! Órganos humanos vivos, ¡injertados en aquellas ovejas! Y detrás de esa carga de animales monstruosos que se iban metiendo en las jaulas, apareció cubriendo toda la entrada ¡una barriga! Toneladas de grasa líquida que empieza a traspasar el portón. Mientras tanto, una mano sale entre el portón y la grasa y tira hacia dentro aquella cosa deforme. Primero pasa el pecho, y después una pierna y luego la otra. La mano da vueltas alrededor de la panza y se sale fuera: coge el otro brazo y lo arrastra. Solo la cabeza queda por el momento fuera. La grasa se retuerce, se atormenta, chilla hasta que se escurre dentro: barbilla, boca, nariz, frente y calva. Y un ojo solo.

— Sí, un ojo solo...

— ¡Sssh! (*Lo fulmina con la mirada y luego retoma la historia imitando al Cíclope*) "¿Tú... quién eres?". "Nadie".

— Que respuesta más idiota "Nadie"...

— (*Telémaco mira con el mayor desprecio el compañero de juegos y luego silba*) Silencio, ¡idiota! Ese “Nadie” es la respuesta más bella del mundo. Calla. Escucha este pasaje...

"¿Quién eres?".

"Nadie".

"¡Ah! ¡¿Ninguno?! ¡¿Eres Nadie?!".

"Sí".

"¡Ninguno, mezclado con Nadie! Bien, Nadie..."

Pon atención ahora, imbécil, porque se los quiere comer. Escucha, que me la sé de memoria. Toda enterita me la sé...

(*Los músicos se entusiasman con La Traviata, II acto*)

Como quien va y coge flores del suelo

alarga un brazo y roza a uno de ellos.

Buscando un lugar en el que esconderse,

Él y los suyos al fondo en la gruta

se pegan a las paredes de acero.

Pero el vientre se infla cual gaita,

ensancha, dilata, el aire comprime,

volcando jaulas y mesas y avanza.

Cual flor entre flores, a uno escoge

de los suyos, tomándolos por los pies.
 Exhala aliento fétido y se hinca
 mientras una mano lleva a la otra
 y cual cuerpo de Cristo, cual hostia,
 destroza riñones y lo parte en dos.
 De arriba abajo, piernas, culo y cuerpo,
 se lo lleva a la boca y mastica feroz.
 La parte de arriba, como un hijo,
 deja en la mesa, suave, suave.
 Coge un cuchillo y un tenedor:
 e inmoviliza el busto aún vivo
 con tino y cuidado luego separa
 bazos, pulmones, riñones e hígado.
 Luego separa a cinco ovejas,
 y a cada uno un corte les hace,
 injertando hábil en su costado
 un órgano. La piel del animal
 por encanto, une sangre con sangre,
 carne con carne. Y hecho suyo lo que
 antes no era suyo, vuelve a la jaula
 y se queda, y no recuerda nada.
 “Cíclope Órgano”, idiota, ¿entiendes?!
 Este gigante con un solo ojo
 para vengar esta fealdad suya,
 descuartiza hombres, deshace el cuerpo.
 Igual hace el otro, su compañero,
 se come parte y parte desmembra,
 y luego se duerme, ya borracho,
 y cae por su cara carne humana.
 Este es el momento, coge valor,
 mi padre, y ciego de rabia y furia
 lo deja ciego de un ojo, quita
 la única luz de esa cara horrible.
 Se deshace en gritos el animal,
 llamando a todos sus compañeros,
 que también gritando y blasfemando,
 le preguntan: “¿Quién te ha hecho eso?”.
 Mi padre, oculto en completo silencio,
 solo espera la respuesta correcta:
 “¡Nadie me ha herido, Nadie me ha cegado!”.
 Tal fue la respuesta y la condena
 de aquel horror de la naturaleza
 que había engullido a sus colegas.
 Lo derrotó así, con inteligencia,
 pero también con la espada y valor.
 Por eso, idiota, imbécil, bastardo,
 no creo que exista un padre mejor.

(Silencio)

— ¡Coño, tío! (*Sospecha*) Pero tú... ¿cómo sabes todas estas cosas?

— Me las cuenta Antonio.

— ¿Qué Antonio? ¿El de los mejillones?

— Sí.

— ¡Ah, ah, ah! Antonio, el de los mejillones. ¡El tonto del pueblo! ¡Ese despistado que está siempre entado frente al mar! Pues entonces no es verdad. ¡Tu padre no ha derrotado a un gigante! Tu padre no existe, no volverá...

— Calla, animal...

— Tu padre no existe, tu padre no existe.

— Animal sin cola, calla...

— Tu padre no regresará, no volverá...

— ¡Os ha engañado a ti y a tu madre! Cornudo, capullo... Cornudo, capullo... Cornudo...

(*Telémaco mueve el espacio pero no el tiempo: sigue siendo el niño, pero en la playa. La playa de siempre*)

— ¿Antonio? Pero... ¿tú como sabes todas estas cosas?

— Me las cuenta el mar. (*Silencio*) Ei, ¿por qué lloras?

— Porque todos se ríen.

— ¡Déjalo! Ei, me las cuenta el mar de verdad... Eso, el mar, es tan grande porque tiene dentro todas las historias de quienes lo han surcado, incluso de quien solamente lo ha acariciado. No le gustan solamente los mejillones, está ávido de saber las vidas que vivimos... (*Silencio*) A veces, tú estás en el agua y cuando después sales, te sientes cansado, agotado. Y piensas que es el esfuerzo que has hecho para flotar y nadar, pero en cambio no es así, es él, el mar, que te ha succionado todas las historias de tu cuerpo. A veces basta con rozarlo y te arranca alguna historia (*Silencio*). Ninguno había vuelto nunca a esa orilla; ninguno, una vez desembarcado, había podido dejar aquella isla. El mar, que cuando lo había visto bajar a tierra con sus compañeros se había santiguado tres veces, cuando lo vio volver a la playa con un ojo enorme entre las manos se hizo la cruz al revés; se quedó encantado mirándolo; escuchó todo el relato de lo que había sucedido y después lo acogió de nuevo en sus aguas. Tu padre, bajando en aquella isla, hizo una elección. Y el mar se enamoró. Desde aquel momento, decidió no dejarle volver, o por lo menos tenerlo todo lo que pudiera con él. Y lo arroja primero para un lado y luego para otro... y con las olas lo moja continuamente para robarle todos los amaneceres que ha visto y los encuentros que ha tenido.

(*No es tiempo de recordar. Es el tiempo presente. Cita como puede*)

“Nadie me tortura, Nadie me ha cegado”

Así lloraba el hijo de Neptuno,
mientras que las cimas de la montaña
caen al mar rompiendo agua y olas...

De memoria, me la sabía.

Casi toda me la sabía...

V. EL MAR

(Los músicos siguen el ritmo del ánimo oscilante con un tango)

Aaaah, maldito mar, el mar, el mar. ¡El mar nos culpa si no vuelve! ¡Dice Antonio que el mar nos culpa! Maldito mar... *(Telémaco baila, relata, suda. Desenfrenado)* Dice que es así como ha sucedido, Señora. Dice Antonio que el mar nos culpa si no vuelve. Dice Antonio que había cogido el camino de vuelta, pero increíbles tempestades le asaltaron. ¡Está bien! El mar. ¡Maldito mar! El mar, el mar, el mar. Perdonen ¡¿eh?! *(Al pueblo que se manifiesta de nuevo por la calle)* ¡Pueblo de cornudos! Vengan a oír, ustedes también, ¡vengan! ¡Así os quitáis la espinita! *(Conquistado el centro de la plaza)* ¡¿Mamá?! Mamá, ¡abre la ventana y escucha! ¡¿Mamá!? Sé que estás ahí dentro... ¡Abre! ¡Venga, que esta tarde hay espectáculo gratuito!

Dice Antonio, Señora, dice que Él vio innumerables amaneceres en el mar y que tocó innumerables tierras, cada vez más lejanas. Dice que vio la tierra de los Opiáceos, gente colgada con el opio, que hacía de todo para colocarse y volver a colocarse y a fuerza de colocarse no sabían cuándo era hora de colocarse y cuándo no. Bajaron del barco sus compañeros, y algunos empezaron también a colocarse. A algunos los recuperaría; a otros, en cambio, los dejaría dispersos quién sabe dónde y los arrastró el mar. ¡Ah! El mar, el mar, el mar... No, ellos no pudieron con el mar, sino que el mar los arrastró a ellos, llevándoselos entre las aguas hasta un estrecho entre la espada y la pared: Escila y Caribdis. Ellos sabían que si se acercaban a la izquierda, Caribdis los succionaría hasta lo más profundo de las aguas del mar. Hicieron solo el movimiento para esquivarla y, por la otra parte, vieron surgir las cabezas de perro de Escila, unidas a los cuellos de serpientes que se alargaban, se alargaban, se alargaban tanto que ni siquiera tuvieron tiempo de decir: "Coño, ¡el puente en el estrecho!", pues la mitad de ellos fueron directos a parar a las bocas de los perros. Desenvainaron las espadas, prepararon los escudos, tiraron flechas hasta pasar el estrecho, desplegaron las velas y arremetieron contra el mar... ¡Y el mar los engulló! Ah el mar, el mar, el mar... Dice Antonio, Señora, que el mar es lisonjero...

¡Como las mujeres!

Y mujeres, dice Antonio, que conoció a mujeres de increíble belleza y voces de ensueño que cantaban melodías tumbadas sobre rocas dispersas en el agua. Los compañeros se taparon las orejas para no oír a aquellas embrujadoras, Él, en cambio, se ató como loco al mástil del barco y después con la cabeza baja empezó a remar fuerte. Él grita, vocea, pone los ojos en blanco: son la una más guapa que la otra, como para desmayarse, de infarto. ¡Soltadme, por Dios, soltadme! Pero ellos, a más lo ven revolverse, más fuerte reman. ¡Venga! ¡Grita, grita fuerte! Te gustan ¿eh? ¡Soltadme! ¡Ah, ah, ah! Mamá, ¿oyes cómo grita? ¡Ah, ah! Están por todas partes y no sabe adónde mirar primero para no perderse la visión de ninguna de esas encantadoras, esas encantadoras, esas de papel. ¡Eran mujeres de papel! Mujeres de dos dimensiones. ¡Carteles enormes! Sirenas urbanas para sueños de tráfico. Y entonces, confundidos, el mar los arrastraba... ¡El mar los engulló! ¡Ah el mar!, El mar, el mar... El mar es lisonjero...

Y dice el Antonio, dice Señora, que, perdida la orientación, aturdido desde semanas por los amaneceres líquidos y por los llantos, se puso, dice, a hablar al viento, implorando y maldiciendo su retorno. Y dice que, incluso, el viento les contestó. Se calmó. Se conmovió, el viento, al oír todas todas las desgracias sufridas, entonces les vino un soplo del cielo, lleno de todas las brisas del mar:

"No lo tienes que abrir nunca..
Ahora te dejo con Céfiro que sopla,
y derecho, derecho, te vas a casa".

Pero si la curiosidad es femenina, el varón es... un ¡gilipollas! Porque casi estaban con los pies en la madre tierra, ya veían las casas del pueblo, cuando sus compañeros, dice Antonio, abrieron aquel odre y fue tal la embestida de aire y olas que se volvieron a encontrar aún más lejos de casa que antes, perdidos de nuevo en medio de las aguas a merced del viento:

"Tú, llevas la mala suerte encima,
alguien te ha mirado mal.
No puedo ayudarte a ti ni a tus compañeros...
y no me preguntes más".

Y los dejó de nuevo en manos de la locura del mar. Ah el mar, el mar, el mar... ¡¿Has entendido, mamá!? Dice que por culpa del mar no vuelve... Y abre esta ventana, mamá, ¡venga! Ah, mecachis en la mar, la mar, la mar...

(Al ritmo de música)

Dice que por culpa del mar no vuelve.
Mecachis en la mar. ¿Por culpa del mar?
Dice que por culpa del mar no vuelve.
Mecachis en la mar. ¿Por culpa del mar?

(Silencio. Después mirando fijo a la señora de antes) Pero ahora viene lo bueno y aquí no tiene nada que ver el mar. Cielo nuevo, espectral, desconocido, era este cielo a medias que no oscurece y no luce. Allí se los quiso llevar el mar después de meses errando, en aquella parte del mundo desconocido donde se dan cita el día y la noche y ninguno de los dos cede un paso, quedándose en este gris ambiguo eternamente. Sin referencias al sol o a las estrellas, se desesperaba Él con sus compañeros sin saber qué dirección tomar.

¡Pam! Un trozo de madera nos golpea la nave. ¡Pam! Otro. Después otro. ¡Sdaradam! Media barca a la deriva. Luego otra entera que todavía flota cerca de otras barcas amarradas. Todas estas barcas parecen abandonadas desde hace tiempo, todas comidas por las algas y las sardinas. Un camposanto naval. Y una bahía. Uno de los compañeros grita: "¡Tierra! ¡Tierra! Desembarcamos... tierra...".

— ¡Para! ¿Tierra de quién?
— ¡Qué cojones sé yo, Uli! No pasa nada... ¡Desembarquemos en tierra!
— ¡Para! ¿Por qué?
— ¡Porque no tenemos nada de beber ni de comer!
— Está bien, entonces. La mitad a buscar hospitalidad y la otra mitad aquí en la playa a vigilar. Tú, ¡a buscar!

Pone un pie en tierra desde la barca... *(Un ritmo lejano de discoteca lo asalta de improviso. El marino retira el pie. Se para la música)*

— ¡Meh! ¡¿Y qué ha pasado!?

(Vuelve a poner el pie. Música. Lo quita. Stop. Lo pone de nuevo. Música. Empieza la locura del baile)

VI. LA PASIÓN

Al poner pie en la playa, ¡toda la tierra se ilumina de luces brillantes y música lejana! Un haz de luz vertical corta el gris del cielo que los rodea y atrae la mirada al punto, perdido entre las rocas, donde nace la luz:

— Uli, ¡donde hay música, se come!

Y se van todos los compañeros hacia la luz, excepto Él, que se queda en la playa a vigilar. Andando entre las rocas ven vestido, camisas, pantalones, camisetas y chaquetas, calcetines, zapatos de 4 chavos, zapatos de piel vuelta y corbatas. Después encuentran efectos personales: relojes, gafas, billeteros vacíos y teléfonos móviles. Luego otros objetos: maletines abiertos, presupuestos, balances finales, facturas pagadas, cheques descubiertos. Después documentos identificativos: tarjetas de gimnasio, tarjetas de partido, tarjetas de asociaciones y de clubs nocturnos. En fin, documentos de identidad a kilos esparcidos por el viento. Luego ven un edificio todo lleno de cortinas efímeras, cristal y espejos. Aquí está la luz, he aquí la fuente, han llegado al punto. Adivinan una puerta y ya están dentro.

— Mírame... (*Se miran alrededor*) Mírame... (*Ídem*) Mírame... (*Ídem. Luego ven algo y se quedan clavados por la fascinación*)

— ¡Aaaahh! ¡¡Qué mujer!! (*Olfatean como sabuesos, pero los pies aún no se mueven. Mientras se produce la transformación*)

Para ver mejor debajo de aquella poca vestimenta, aprietan los ojos. La cara se alarga para imaginar mejor los muslos; la cara se deforma con una mueca horrible; las orejas se estiran, se extienden para sentir mejor el susurro de esa piel; la lengua se pone áspera anhelando aquel cuerpo; se doblan los hombros para acercarse, acortar la distancia. Pelos ennegrecidos brotan en la espalda, mientras los dedos deformados en forma de garras preparan el asalto del abrazo. Ahora están preparados para recibir la pastilla. ¡Una para cada uno y es el paraíso! (*Explota la discoteca entre lamentos de jazz*)

Se iluminan las vitrinas del edificio y aparecen centenares de mujeres en flor listas para todos los gustos. Piel de todos los colores y de todas las razas, jóvenes, jovencísimas... ¡incluso niñas! Cada una expuesta dentro de una vitrina. Muchos hombres bestiales se aparean con ellas desde tiempos inmemoriales. Las libres llevan lo que tú quieras, muestran lo que pides y solo tapan lo que quisieras descubrir.

Se unieron nuevos cerdos a aquella orgía de occidentales, intentando, antes del apareamiento, mascullar en la oreja de las extranjeras una frase, una palabra que haga parecer la cosa algo humana, pero solo un gruñido les sale de los labios. Entonces se echaron al cuello de sus perras y empezaron el asedio.

Y ahora, mamá, si estás aún detrás de esas persianas, ¡vete! ¡No escuches, mamá! Porque ahora le toca a Él... Está a punto de llegar de la playa, está a punto de encontrarse con esta mujer maga... ¡Aquí está!

— Mírame...

— (*No la mira*) ¿Dónde están mis compañeros?

— Mírame...

— No me hace falta mirarte, me bastan tus palabras. ¿Dónde están mis compañeros?

— Te lo ruego, mírame.

— No.

— Te lo ruego...

— No

— ¿Quién eres para no mirarme? ¿Quién coño eres?

— ¿Y tú quién coño eres para pedirme que te mire? ¿Quién coño eres? ¿Quién eres?

(Silencio. Las palabras no sirven. Ni la mirada. Es cuestión de piel, de manos, de cuerpos que se atraen. El tiempo vuelve al presente. Telémaco no sabe ni reír ni llorar. Vomita solo palabras con los ojos cerrados) ¡Aaaaah! ¡Bastardo! ¡Le hizo el amor, mamá! De amor loco, la amó. Sin encantamientos, sin pastillas, sin mirarla, ¡mamá! Un año pasó, un año, antes de que reflexionara, antes de que pensara, de que se acordara de nosotros. ¡Un año! Luego, después de un año, ¡Él por fin recordó! Solo entonces ella le mostró a sus compañeros, junto a todos los demás. Y Él, abriendo los ojos, miró todo aquello y, por fin, dijo lo que debería haber dicho un año antes: "¿Por qué? ¿Por qué yo no?"

(Burlón de frente a aquel "por qué" dicho así, con retraso, repitió las palabras de Ella)

Porque tú nunca has olvidado.
Aún piensas en un hijo y mujer.
Por eso deshago el vínculo eterno
de este lecho solo a ti concedido,
esperando que tus naufragios superes
y llegues siempre allí donde quieres,
a esa mujer e hijo amados
que viven por ese que no volverá.

(Delante a aquella ventana cerrada) ¿Mamá? ¿Has oído? "¡Viven para quien no vuelve!" (Delante de un público del que no le importa casi nada) Viven... ¡Viven de mala manera! (Indicando el pueblo dejado allí media hora antes) ¡Aquí estamos bajo asedio! (Al padre, por fin) Pero, ¿qué haré contigo? Contigo... ¡que "no has olvidado", según dice aquella! Y si no has olvidado, ¡¿a qué coño esperas para volver?! Tantos años han pasado desde que aquella te dejó marchar, y tú... ¿qué haces? ¡¿De nuevo te vas por ahí?! Yo, mira, por mí, por mí... ¡haz lo que cojones quieras! ¡Pero esa pobre mujer! Ni siquiera malvive. ¡Yo malvivo, sí señor, malvivo! Ella, en cambio, permanece moribunda por casa. Vagabundea. Cose, descose, protege una luz. Se protege, ¿y tú? Tú, en cambio, "no vuelves más". Tú, tú, no vuelves máááás, pero, ¿quien coño eres? (Canta vulgar) Tú, tu—tu, tu—tu, tuuu ¿non vuelves más? ¿Quién eres, eres una canción de San Remo?! Tuu, tuu, ¿eres un teléfono comunicando? ¿Quién eres!? ¡No sé ni siquiera cómo estás hecho!

"Y llegar allí donde está tu deseo, a aquella mujer y a aquel hijo amados", pero amados, ¿quién?! Pero ¿quién lo ha dicho? ¿Quién ha escrito estos versos? ¡Yo los quemó, los escupo, estos versos! ¡Aquí se hace prosa! ¡Aquí todo es prosaico! ¡Te has metido en el Infierno por no volver a casa, "papá"! ¡Pero hay un lugar donde tienes que ir, porque todavía no has estado, "papá"! ¡Ahora te digo yo el sitio! ¡¿Sabes dónde tienes que ir, "papá"?! Tú te tienes que ir...

— ¡Schhhh! (La madre abre la ventana)

— ¡Mamá! (Mira confuso aquella ventana finalmente abierta. Después al pueblo)

Pueblo de animales, mirad. Mirad ahora y nunca más (Silencio) Ahora podéis ir a vuestras casas, venga. (Con los ojos fijos de reproche) Pueblo de cerdos. (Siguiéndoles con la mirada mientras se van) Pueblo de Cerdos. Mamá, cierra esta ventana. Cierra...

(Telémaco y el padre, solo)

Ahora te digo a la cara tu "por qué".
¿Por qué no estabas para reprenderme?
¿Por qué no estabas para decirme que no? ¡Venga!

¿Por qué no estabas delante del colegio?

¿Por qué no estabas para hacerme una caricia? ¡Venga! ¿Por qué?

(Silencio. Al público retomando una pregunta lejana)

Señora, yo, cuando miro el mar me pregunto de quién soy hijo... ¡De Nadie! Yo, Señora, cuando miro el mar me rondan en la cabeza todas estas historias y no puedo evitar odiar.

¿Odiar a quién? ¿A alguien que no está?

¿Odiar al mar? ¿A ese mar que cuenta estas historias?

¿Odiar a Antonio, que está ahí escuchándolas para dármelas a conocer?

¿Odiar a mi madre, que está todavía ahí esperando?

¿Odiar a la gente que sigue murmurando?

¿Odiarme a mí mismo... que no sé amar?

¿No sabré yo también surcar el mar e irme? ¿Ir en su busca?

¿Y adónde?

Dice Antonio que lo vio la otra tarde sentado sobre una roca de esta playa... Dice Antonio que todavía pensaba en esas palabras "y alcance allí donde está tu deseo, donde aquella mujer y aquel hijo amados, que viven por quien no vuelve"...

Dice que con un dedo escribió el nombre de mi madre. Escribió "Esperanza". Lo hizo en el agua, pero aún así dice que lo escribió.

Luego de noche se acercó al pueblo. Atravesó toda la plaza con el abrigo puesto en la cara. Llegó hasta debajo de casa. Después levantó la mirada. Miró a lo alto, hacia las ventanas...

Un "adagio" tenso sostiene la indecisión del hombre. Los ojos dudan entre las ventanas y una posible nueva vía de escape... Duda. Se va.

OSCURIDAD

Traducción de Belén Veiga

